

Las apariencias engañan

(Cuento)

Mireya vivía sola con sus ancianos padres en una casita en las afueras del pueblo. Era una muchacha seria y trabajadora. Se dedicaba a coser ropa ajena para ganar el sustento de su familia. Pasaba el tiempo encerrada en un cuartito sin ventilación y a veces no comía por no perder ni un minuto de trabajo.

Un hermoso día soleado, al ver lo pálida que estaba la muchacha, la madre la apartó de la máquina de coser diciéndole:

—Acabarás por caer enferma, hija mía. Trabajas demasiado y no te alimentas. ¿Qué vida es la que llevas?

Después de muchos ruegos, la señora consiguió que Mireya saliera al jardín para recibir un poco de sol y le puso en la mano una gran tortilla con queso que acababa de sacar del fuego.

En el mismo pueblo vivía Elvira, una muchacha huérfana de madre. Elvira era muy hacendosa y servicial y desde la muerte de su madre se encargaba del cuidado de su hermanito menor. Ya hacía tiempo que había dejado de salir con sus amigas, por no dejar solo al pequeño.

Aquel día en que el sol resplandecía, el papá de Elvira le dijo:

—Te sacrificas demasiado por nosotros. Eres muy joven y



necesitas alguna distracción. ¿Por qué no vas de paseo con tus amigas? Yo me quedaré cuidando al pequeño.

Elvira se fue a buscar a sus amigas y juntas se fueron a pasear al parque, riendo alegremente.

La situación era diferente en la casa de Rosa, una muchacha perezosa y egoísta. Rosa se pasaba el día haraganeando mientras su pobre madre se agotaba lavando, cosiendo, barriendo y preparando las comidas.

Hasta que un día el papá de Rosa, indignado por el comportamiento de la muchacha, la regañó duramente y como castigo la puso a hacer el trabajo que más detestaba: zurcir medias. La muchacha, asustada al ver a su papá tan enojado, tomó el canasto de medias y se sentó en el escalón de la puerta de su casa.

Mientras tanto, Abelardo, el hijo de un rico comerciante, había decidido buscar esposa. Estaba convencido de que para ser feliz debía encontrar una mujer hacendosa que compartiera su vida con él. Y aquel hermoso día, se dispuso a salir para inspeccionar los alrededores.

Abelardo pasó delante de la casa de Mireya y vio a la muchacha comiendo una gran tortilla, mientras contemplaba las nubes blancas en el cielo. "Esta es glotona y perezosa", pensó Abelardo, y siguió su camino.

Al pasar por el parque vio a Elvira, que reía alegremente con sus amigas. "Estas charlatanas de seguro que son unas grandes haraganas", se dijo el joven y continuó su búsqueda.

Cuando pasó por la casa de Rosa y vio a la muchacha que, con seriedad zurcía una media, tuvo una gran alegría. "Esta es la que me conviene", pensó. Y de este modo, Abelardo se casó con la muchacha más perezosa del pueblo.

No tardó mucho en darse cuenta de que se pueden cometer grandes errores cuando se juzga a las personas sólo por las apariencias.

